

El problema moral en la filosofía de Heidegger

RAFAEL VIRASORO
Santa Fe

En ningún momento Heidegger se ha planteado el problema moral en forma explícita y concreta. El análisis de la existencia humana como única vía de acceso al ser, en lo que consiste la cuestión filosófica fundamental, es, o pretende ser al menos, puramente descriptivo. Y cuando en el curso de este análisis distingue Heidegger dos modos posibles de ser: *auténtico* e *inauténtico*, se apresura a señalar que esto no tiene sentido moral ninguno. En nada disminuye el ser de la existencia el hecho que ésta opte, como es lo común, por el modo inauténtico.

Es obvio, sin embargo, que aun a pesar de Heidegger este distinguo implique una apreciación de orden moral que se nos hace evidente al comprobar la forma cómo nuestro filósofo caracteriza los dos modos fundamentales de ser, y en la necesidad de acudir a la conciencia moral para explicar el paso de la existencia inauténtica a la auténtica en la cual el *Dasein* se recobra a sí mismo y se pone en condiciones de enfrentarse a sus más propias posibilidades, si bien se encuentra siempre amenazada de volver a sumirse en la dispersión y el abandono del existir inauténtico.

Los caracteres que Heidegger atribuye a la existencia inauténtica o impropia están muy lejos de ser el resultado de una pura descripción. Un criterio estimativo que Heidegger rechaza en principio pero que obra en él inconfesadamente lo lleva a atribuir a la existencia impropia notas que, por cierto, dicen mucho más que lo que de hecho decimos cuando enunciamos de un objeto cualquiera que es frío o caliente, alto o bajo, grande o pequeño; más también que cuando decimos que algo es hermoso o feo, útil o inútil, agradable o desagra-

dable. Se trata, en suma, de notas que necesariamente caen dentro de la polaridad: bueno-malo, en la que en definitiva se resuelve la cuestión moral.

La descripción de la existencia impropia nos pone, en efecto, ante un ser que, arrojado en el mundo, se ha perdido a sí mismo. El hombre se vuelve anónimo, carece de responsabilidad y de personalidad; no se expresa a sí mismo, sino que responde a los dictados del *se* impersonal, del *man* que lo esclaviza y lo somete al imperio del “se dice”, “se hace”. La *preocupación*, que es el ser de la existencia humana en cuanto ésta es esencialmente ser-en-el-mundo, se traduce en el *miedo* ante esto o aquello, siempre algo concreto que nos amenaza, y en la simple *curiosidad* que nos distrae, nos lleva al olvido de nosotros mismos, a perder el sentido interior de nuestra existencia y, por consiguiente, el sentido de las cosas que sólo a través de ella nos son accesibles.

En el existir inauténtico, el comprender interpretativo como posibilidad fundamental que nos permite llegar al ser, *descubrirlo*, no puede manifestarse en toda su pureza y todo su alcance, convertido en esa curiosidad superficial que se mueve de un objeto a otro sin penetrar en ellos, sin conocerlos; y el *decir*, que es parte del conocer, porque el conocer consiste en *descubrir* y mostrar *diciendo* lo que la cosa es, se convierte en una charla vulgar donde importa más la palabra misma, el discurso, que aquello hacia lo cual apunta, es decir, importa más la palabra que su significado. De tal modo, lo que es sólo un medio se transforma en fin. Por eso, la charla vulgar nos oculta la verdad y nos sume en el equívoco, en la no verdad.

Todo conocer es descubrir. Pero el descubrimiento es, para Heidegger, creador y constitutivo de lo verdadero. Sin adoptar la postura estrictamente idealista, Heidegger se opone al realismo en cualquiera de sus formas. Porque es un error suponer, de acuerdo al realismo, que la inteligibilidad es propia del ser y que al hombre le toca sólo revelarla. Es el hombre quien saca al ser del caos original y le otorga un sentido. Es el *Dasein* el que proyecta un ser en las cosas, y esto en virtud de que él mismo es esencialmente un proyecto de ser.

La verdad, pues, pertenece primordialmente al *Dasein* en cuanto éste la crea por su acción *descubridora*. Pero, como esta acción descubridora se funda en el hecho de ser el *Dasein* una posibilidad de ser

que permanece en todo momento, porque él es constitutivamente posibilidad, proyecto, resulta que el ser creadoramente descubierto en las cosas es función del modo cómo el *Dasein* se proyecte y se realice a sí mismo. De aquí que si el *Dasein* vive en el modo auténtico del existir, su conocimiento de sí mismo y del mundo es verdadero; en tanto que se mantiene en el equívoco y en la no-verdad en el modo inauténtico del existir.

Mientras el *Dasein* permanece en la existencia impropia —y ésta es la actitud originaria, la más general y difícilmente superable—, pierde su libertad para juzgar por sí mismo y descubrir la verdad auténtica. El dogmatismo, la ceguera, la sujeción a los prejuicios y las apariencias lo dominan. Es preciso un esfuerzo de recuperación para desprenderse de ello y llegar, a través de esas verdades inauténticas o no-verdades, a la verdad auténtica; lo cual presupone que el *Dasein* asume el modo auténtico del existir, pues, como se ha visto, el sentido auténtico o inauténtico de la verdad se comprende en función del modo cómo el *Dasein* se proyecta y tiende a realizarse a sí mismo.

La verdad y la no-verdad depende, pues, del modo de realizarse el *Dasein*. Conviene advertir todo el alcance de esta tesis que constituye un momento capital del pensamiento heideggeriano y que, a mi juicio, tiene una extraordinaria importancia desde el punto de vista moral. Al decidirse entre la existencia auténtica y la inauténtica el hombre elige entre lo verdadero y lo falso. El meollo del asunto reside en la decisión, en la opción fundamental por la que el *Dasein* opta por mantenerse sometido a la tiranía del *man*, y con ello a los prejuicios y a las apariencias, a la irresponsabilidad y al abandono, o bien por asumir la responsabilidad de su vida que le permite realizarse libremente desprendido de toda sujeción extraña.

Repetidamente ha señalado Heidegger que el existir inauténtico, así caracterizado, no debe ser considerado en modo alguno desde el punto de vista moral. Pero no sé en qué forma puede entenderse esto. Porque aunque Heidegger, llevado por sus propios prejuicios, pretenda ignorarlo no se ve cómo podría dejar de atribuirse un valor positivo, y con ello una superior condición moral, al afán de verdad, a ese afán que a él mismo lo impulsa a buscar desinteresadamente el sentido del ser en general, con respecto al voluntario sometimiento a las apariencias, a la no-verdad.

Si la verdad y el error fuera una cuestión de adecuación del juicio con la cosa juzgada el problema quedaría circunscripto a la esfera del pensar sin intervención alguna de la disposición del ánimo ni de la voluntad humana. Pero es bien claro que para Heidegger se trata de un querer o no querer estar en la verdad, porque ésta se funda en las posibilidades de ser del *Dasein*, y estas posibilidades dependen de su propia opción, es decir, de su decisión por la existencia auténtica o inauténtica.

La *conciencia moral*, esa voz que llama al *Dasein* hacia sus más propias posibilidades, es la mejor comprobación del contenido moral implícito en la filosofía de Heidegger. Porque el hombre, interpelado por la conciencia moral, puede escucharla o permanecer sordo a ella; y, por consiguiente, puede recobrase a sí mismo, asumiendo la responsabilidad de su vida, o bien puede abandonarse al se impersonal y vivir arrastrado por él, envuelto en el engaño, en los equívocos y los prejuicios comunes.

El existir en el mundo del *Dasein* es siempre originariamente un existir en el modo inauténtico. Desde allí la conciencia moral lo pone ante la posibilidad de ser rescatado de la sujeción al *man* y de optar por la existencia auténtica que es un existir en la verdad, en la libertad y en la conciencia de la finitud. La conciencia moral se dirige al existir inauténtico y lo llama a una posibilidad de ser hasta entonces reprimida o, acaso mejor, oculta. El poder vivir en la autenticidad es una permanente posibilidad del hombre. Y aunque el *man* se esfuerza por retenerlo en la confianza y en la tranquilidad de una vida irresponsable, de él mismo depende destruir esa sujeción para llegar a ser lo que en principio puede ser, aceptando lúcidamente lo que constituye su más auténtica posibilidad: un ser para la muerte.

El ser para la muerte es la condición original del hombre que se le revela en la existencia auténtica pero que la existencia inauténtica se esfuerza por enmascarar. Por eso, la existencia inauténtica es en el fondo una huída de sí mismo, es decir, una huída ante la muerte, ante la finitud radical del hombre. El existir inauténtico nos oculta la miseria de nuestra condición original de la que en modo alguno podemos escapar.

Pero, si a lo que la conciencia moral llama es a ese vivir en la angustiada conciencia de la finitud radical, ¿en qué sentido podría decirse que el existir auténtico configura una superior condición

moral que el existir inauténtico? ¿Tiene entonces razón Heidegger cuando rechaza toda apreciación moral respecto a los modos posibles del existir? Podría parecerlo, pero el mismo Heidegger nos da la razón. Pues lo que caracteriza el modo auténtico del *Dasein* es que éste al reconocer su ser para la muerte no pretende ya escapar a ella como a un mal, sino que la acepta resignadamente como su más propia y auténtica posibilidad, aquella que no puede ser realizada con ningún objeto u ocupación de la vida cotidiana ni puede ser cumplida por otro porque es la de cada cual, la que cada ser humano se pone libremente a sí mismo.

El ser de la existencia auténtica aparece en el pensamiento de Heidegger cargado de notas positivas frente a la total negatividad de la existencia inauténtica. Porque si es un existir en presencia de la muerte, es a la vez una aceptación lúcida y consciente de este ser para la muerte, y no un engañoso vivir en la dispersión y el abandono, en el anonimato y la ceguerra del existir inauténtico. En ella, y sólo en ella, se nos hace transparente nuestro propio ser y el ser de las cosas en general; en ella pierden sentido y valor los objetos y las preocupaciones que nos tiranizan en la existencia impropia, y en cambio se nos revela en toda su magnitud y significado el fin último, es decir, la auténtica posibilidad de la existencia humana. Pues, "*nur das Freisein für den Tod gibt dem Dasein das Ziel schlechthin*".

Un ser para la muerte. Pero, ¿por qué es el hombre un ser para la muerte? ¿Qué razones tiene Heidegger para afirmarlo? Razones, ninguna. El mismo Heidegger lo puntualiza en un cuidadoso análisis de toda las formas de acabamiento y de todas las demostraciones posibles de la esencial finitud humana. Sabemos que los hombres mueren porque así nos lo enseña la experiencia empírica. Pero nada más que eso, y sobre tales bases no puede construirse una figura demostrativa del ser para la muerte. Mas si la finitud no puede demostrarse en modo alguno, ella se nos revela en la angustia como esencial al ser de la existencia humana. La angustia, como forma en la que la *preocupación* se expresa en la existencia auténtica nos revela la radical finitud de nuestra vida.

Pero, si ahora nos preguntamos nuevamente ¿por qué la angustia ocupa una posición tan fundamental en el ser de la existencia?, no creo que pueda responderse a ello sino observando que se trata de

uno de los muchos prejuicios, acaso el más importante, que dominan el pensamiento de Heidegger y le impiden penetrar en la compleja realidad de la existencia humana, a la que de hecho percibe sólo a través del ojo de cerradura de una determinada forma de existir.

En cierto momento sostiene Heidegger que no es posible describir la existencia concreta sin disponer de antemano de una concepción de la existencia. Es muy probable que, como lo han advertido ya numerosos autores, la concepción preontológica de que dispone Heidegger no sea más que el resultado de aquella experiencia muy personal que Kierkegaard dejara consignada en sus obras. Pero, si la angustia fué el estado emotivo central y absorbente en la existencia particular de Kierkegaard ¿por qué ha de serlo también en todas las formas concretas de la existencia como pretende Heidegger? Si Heidegger no hubiere estado dominado por este prejuicio habría quizá advertido que la vida emocional es infinitamente más rica en formas y matices que lo que él afirma. Y sobre todo habría advertido cómo la *esperanza*, que no debe ser confundida con *las esperanzas* de esto o lo otro, es aún más esencialmente constitutiva de la existencia que la angustia y, contrariamente a ésta, reveladora de un ser trascendente a la muerte misma. Por sobre la muerte, el ser de la vida humana se afirma en la eternidad. Precisamente, y a diferencia de todo otro ser que vive, lo que caracteriza al hombre en este sentido es que él puede transformar en libertad el hecho de morir, esto es, convertir lo que para otros seres significa el fin definitivo en un momento positivo para afirmarse a sí mismo en la eternidad.